

LAS TRASTADAS DE MI ABUELO PRUDENCIO.

PRIMERA TRASTADA.

Corrían los años de 1850, y en un pueblecito de la sierra de Cuenca, Masegosa, como en tantos otros, la vida discurría alrededor del campo, de la agricultura y de la ganadería; las familias eran muy numerosas, casi todas tenían más de 5 hijos, hacían falta brazos y personas para el duro trabajo que debían realizar.

La mía no era una excepción, eran tres hermanos y dos hermanas cuyos nombres no voy a mencionar; como en toda casa cada uno era distinto, pero todos formaban una piña, aunque unos eran más responsables y otros menos.

Esta familia, como tantas otras del pueblo, tenía un rebaño de más de 500 ovejas. Le tocaba ir a apacentarlas con algún otro de sus hermanos a mi abuelo materno, Prudencio.

Pasaban todo el día en la Sierra o en Belvalle. Acompañados de sus grandes mastines pasaban el día caminando detrás del rebaño de un lugar a otro, buscando los mejores pastos y cuidando de los sembrados.

¡Que vida más aburrida!

Así llegó un día en que a mi abuelo le dio la vena de que quería ver mundo. Quería conocer otra vida. Quería ir a conocer Madrid.

Pero, ¿quién se quedaba con el rebaño?

Pues bien, ni corto ni perezoso una mañana temprano cerró el ganado en la tinada y se echó un hermoso corderito al hombro para venderlo en la primera ocasión que encontrara y sacar un dinerito con el que poder hospedarse en alguna posada y comer y dormir durante el trayecto.

Los demás pastores que lo vieron por el camino le preguntaron:

- ¿Dónde vas Prudencio?

Y él les contestó:

- Me voy a conocer Madrid, que tengo ganas de dejar esta vida tan perra y conocer otra.

Los compañeros, cuando fueron al pueblo, le dijeron al tío Saturnino Joaquín:

- Oye, tu hijo Prudencio ha cerrado el rebaño y con un cordero al hombre ha pillado pendinque y dice que se va a conocer Madrid.

Entonces el tío Saturnino reorganizó las faenas y mandó a otro hijo a soltar las ovejas de la tinada y cuidarlas, mientras él salía detrás de Prudencio a ver si le daba alcance.

Imposible. El joven tomó muchísima ventaja a su anciano padre.

En aquella época no había coches ni tren; sólo existían dos vías de tren, una de Barcelona a Mataró y otra de Madrid a Aranjuez, y éste último para que viajasen los Reyes. Todos los demás se movían a caballo o andando como en este caso.

No sé lo que se tardaría en ir caminando de Masegosa a Madrid, pero sin duda bastantes días.

Después de realizar éste camino hijo y padre, uno tras del otro, los que conocéis las cercanías de la provincia de Madrid, en los límites con Cuenca, allá por Belinchón, el paisaje se hace un desierto sin vegetación, y a lo lejos el bisabuelo Saturnino vio, ya de regreso por el camino, un personaje. En los andares lo conoció.

Era su hijo Prudencio que regresaba de su correría.

Cuando estuvo cerca le gritó.

- ¿Dónde vas, hijo mío?

Él le contestó:

- ¡Al pueblo, padre, que ya he visto Madrid!

Juntos regresaron a casa tras la consiguiente regañina, ...y a reanudar su antiguo oficio de pastor.

SEGUNDA TRASTADA.

Avanzaba la década de 1850; el abuelo Prudencio era ya un apuesto joven y en edad de enamorarse como todo joven, a los 21 años. Pero había también un inconveniente: se era mayor de edad, se tenía que ir a la mili, y quien no tenía dinero para comprar la exención debía marchar de reemplazo; el servicio no duraba un año sino tres, con el agravante de que te podían mandar a Cuba, Filipinas o África.

Pues bien, vayamos al asunto: Prudencio se había enamorado de la joven Juliana, hija de Norberto Rihuete y sobrina de Melitón (la familia Rihuete empezaba a ser muy numerosa en ese pueblo, aunque no tanto como la Caballero)

Llegó el día de marchar y por suerte le tocó la Península. Duro trance, pero no había más remedio. Todo el pueblo salió a despedir a los quintos a la «Malena» como de costumbre. Alguno no podía alejar del pensamiento a alguien que dejaba en el pueblo; ése era Prudencio. Aunque le tocó un cuartel de Madrid, ¿cuándo volvería a ver a Juliana?

Desde ese momento no dejó de pensar en ella.

Hasta que dio en el clavo.

Si se había escapado una vez, también se escaparía otra.

¿Pero cómo, de forma que no lo detuvieran al salir del cuartel?

¡Ya! Se vestiría de Comandante y nadie le diría nada hasta Masegosa; al contrario, todo el mundo lo saludaría y de este modo le daría una sorpresa a su querida Juliana.

Así lo hizo, pero en el cuartel lo echaron en falta y a los pocos días la guardia militar lo detuvo en las chocillas del Peñueco, que era donde se escondía. Puesto ante un tribunal militar, éste lo condenó por desertor a 15 años de cárcel, pena que cumplió en el penal de Burgos.

Durante tan largo tiempo aprendió el oficio de zapatero y no dejó de escribir cartas a su novia.

En una de ellas decía:

«En este penal de Burgos

Hay una fuente que mana,

Con un letrado que dice:

Mucho frío,

Poca ropa.

Poco pan y mucha gana.

Con esperar verte pronto,

A mi querida Juliana».

Cuando volvió a Masegosa no conocía a nadie, salvo a su novia y sus padres. Tuvieron que formar la fila y presentarse.

A pesar de tan larga espera se casaron y aún tuvieron cinco hijos, dos chicas y tres chicos.

El mayor, Fausto, murió de una pulmonía en la mili, en el castillo de Montjuich, en 1917. Aún recuerdo un pañuelo de seda que le mandó a mi madre y que anduvo en mi casa guardado en un arca. El mediano, Evaristo, siguió el oficio de su padre y así nos llamaban la familia del zapatero. El pequeño, Félix, se fue voluntario al ejército, llegó a alcanzar el grado de Teniente de Artillería y obtuvo varias medallas. Escribió dos novelas que luego no editó: «Infortunio» y «Una Tragedia Castellana», premiada por el General Jefe del Ejército de África con 500 pesetas de aquellos tiempos y en la que narra de forma fantástica los amores e infidelidades del Conde Arnaldo, Señor del Castillo de Solán de Cabras y la Princesa Margarita, Señora del Castillo de Beteta.

Joaquín Rihuete Caballero.